El retorno de PABLO NERUDA

Por Eduardo GONZALEZ-VIAÑA

En el caballo verde de su poesía Pablo Neruda llega de nuevo a Madrid. La figura del gran poeta chileno desaparecido no se extingue y su voz ronca y opaca se levanta desde el subsuelo de sus poemas, donde no sólo «confiesa que ha vivido», sino que vive todavía, en la memoria de todos. En estos momentos, en que España ha abierto sus brazos a los poetas del exilio y vuelven a la arboleda perdida (Rafael Alberti) o al cántico encendido (Jorge Guillén) a los fervientes homenajes (García Lorca y Miguel Hernández) o a las ediciones responsables (Emilio Prados o Juan Rejano), publicamos este trabajo en el que también vuelve Pablo Neruda recordado en un decisivo momento de su creación. Aquí en Madrid —entre 1934 y 1936— aprendió a nombrar a los pájaros y a los árboles, y participó en los avatares de la poesía española. Y sus famosas palabras cobran ahora un tono de concordia —«¿Te acuerdas, Rafael? ¿Federico te acuerdas?»— en esta hora española. Evocar la Casa de las Flores es, indudablemente, llamar a la puerta de oro de la poesía española, y recordar a Neruda es hacerle retornar a su Madrid nunca perdido del todo y siempre reencontrado.

«A MI ME HIZO la vida recorrer los más lejanos sitios del mundo antes de llegar al que debió ser mi punto de partida: España.» Esta confesión, que reitera con fervor en el último de sus libros, pertenece a Pablo Neruda.

Entre 1934 y 1936, el genial autor hispanoamericano residirá en estas tierras donde vino a buscar la «cuna de la sangre». Aquí escribirá ardorosamente, se aprenderá más nombres de pájaros y de árboles y participará con plenitud en las andanzas de la generación poética de entonces.

Alberti, García Lorca y Miguel Hernández, entre otros, lo estaban esperando. Dos de sus libros más importantes nacieron aquí. También su hija Malva Marina. Y una pasión por regresar a Madrid (¡ay!, mi ciudad perdida) que no lo abandonaría hasta la muerte.

El 5 de mayo del 34, Neruda arriba a Barcelona como Cónsul de Chile en esa ciudad. Unos meses después, la Universidad de Madrid lo escucha en una conferencia y recital poético cuyo presentador es Federico García Lorca. Trasladado en febrero del 35 al Consulado de Madrid, escribe y publica su «Residencia en la tierra» en las ediciones del Arbol de «Cruz y Raya». En abril lee con gratitud el «Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles» que sus amigos han editado. («Los españoles de mi generación eran más fraternales, más solidarios y más alegres que mis compañeros de América Latina.») Y comienza a dirigir desde octubre la revista «Caballo Verde para la Poesía».

Un caballo chúcaro, difícil de ser montado, a decir verdad. Porque, al año siguiente, recién iniciada la Guerra Civil, uno de sus mejores jinetes —Federico— es apresado y muerto en una historia que todos conocemos y que, en Neruda, provoca las páginas más dolorosas e iracundas de su poesía —el libro «España en el Corazón»— que comenzaría a escribir aquel año.

Destituido de su cargo diplomático hacia fines del 36, viaja a París donde animará numerosas actividades de apoyo a la España republicana hasta 1939 en que Chile le encarga conducir la emigración de los vencidos. En la mochila de muchos de los que salían, no pocas veces se hallaba «España en el corazón»: los poemas de Neruda que habían sido publicados en el frente de batalla de Barcelona y distribuidos, hasta en 3 ediciones sucesivas, entre los combatientes catalanes.

—¿El señor Neruda? ¿Un poeta hispanoamericano? Mire, no tengo idea. Pero acaso sea un joven pálido que vive en el tercero —me responde una inquilina a quien he preguntado si conoce cuál es el departamento del poeta.

No vivía en el tercero sino en el quinto piso de la Casa de las Flores: ésta es una manzana de viviendas que se ubica en el madrileño barrio de Argüelles y que limitan las calles Rodríguez San Pedro, Gaztambide, Eslava y Meléndez Valdés.

Acaso en un quinto piso de Meléndez Valdés e inmediato a los novísimos edificios de Moncloa que entonces no le tapaban la vista mientras contemplaba el rostro seco de Castilla derramándose «como un océano de cuero».

MI CASA ERA LLAMADA LA CASA DE LAS FLORES

Muy distinto era Madrid entonces. «Todo eran grandes voces, sal de mercaderías, aglomeraciones de pan palpitante, mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua como un tintero pálido entre las merluzas.»

En aquella casa, el joven diplomático (tenía 30 años) escribe sin parar, relee con fervor los clásicos —Quevedo es su preferido— e intima con España y con sus poetas. Altolaguirre, Aleixandre, Alberti, Cernuda, Machado, Lorca, Miguel Hernández.

«Mi casa era llamada la casa de las flores, porque por todas partes estallaban geranios: era una bella casa con perros y chiquillos. Raúl, te acuerdas? Te acuerdas, Rafael? Federico, te acuerdas debajo de la tierra, te acuerdas de mi casa con balcones?»

Tiñe al Argüelles de los años 30 la alborotada fisonomía provinciana del Madrid anterior a la guerra. Todavía los vecinos no se han mudado de siglo. Campanas, relojes, alamedas, muy pocos vehículos y muchos niños colman el paisaje en que habita el poeta.

Castilla le deja ver los montes donde mañana ha de librarse feroz batalla. Es la hora en que acaso la madre España que vive bajo la tierra está convocando a sus mejores poetas de uno y otro lado de los mares para darles a cantar su corazón ardiendo.

Ciertas noches en que Neruda sale de paseo, Miguel Hernández salta a su lado y se trepa a los árboles como si todavía anduviera por los locos campos de su Orihuela natal.

No necesitaba hablar de poesía: «(Miguel) me contaba que en las largas siestas de su pastoreo ponía el oído sobre el vientre de las cabras paridas y me decía cómo podía escucharse el rumor de la leche.»

Pero un día aquel idílico paisaje se trastorna. España se rompe, se tortura, se desangra. Todo cambia de pronto para acaso no volver a ser nunca como antes:

«Y una mañana todo estaba ardiendo y una mañana las hogueras salían de la tierra devorando seres. Y desde entonces fuego, pólvora desde entonces y desde entonces sangre.»

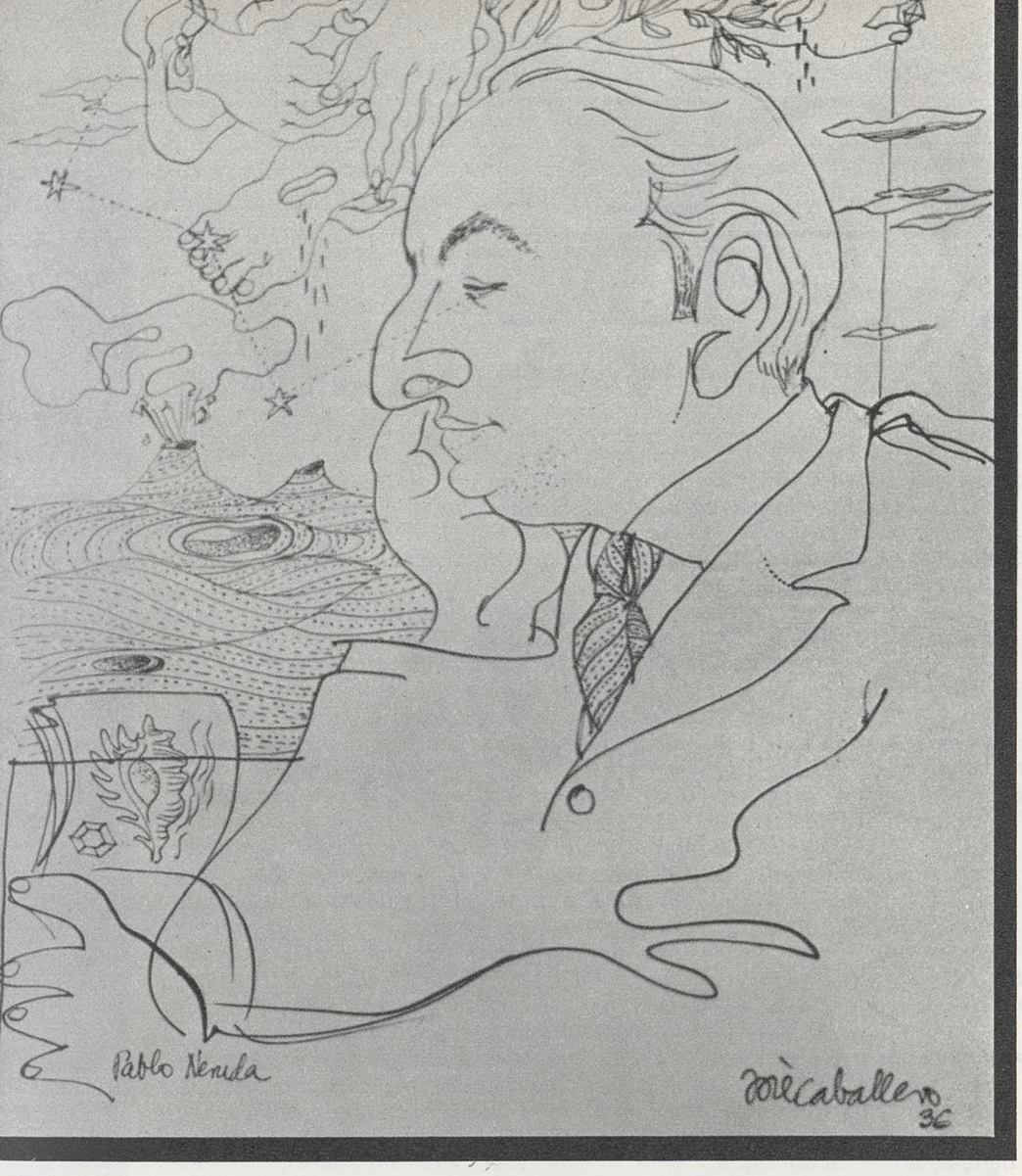
Su gobierno lo destituirá el 36. Neruda regresará el 37 para el Congreso Antifascista. Miguel Hernández, vestido de miliciano y con fusil lo acompañará a la Casa de las Flores que está situada a veces de un lado y a veces del otro de los bandos que se baten. Pablo dará una última mirada a sus pertenencias. Todo lo dejará en España.

LLEGUE A QUEVEDO, DESEMBARQUE EN QUEVEDO

«Huélamo, Carrascosa, Alpedrete, Buitrago, Palencia, Arganda, Galapagar, Villalba...»

Y sigue la lista: «Peñarrubia, Cedrillas, Alcocer, Tamurejo, Aguadulce, Pedrera, Fuentepalmera, Colmenar, Sepúlveda.»

Basta que Neruda enumere pálidos nombres y geografías varias para que comience a nacer el poema. Una devoción a la tierra, cotidiana e incorregible, hace viajar su poesía por los pueblos dispersos, las piedras, los montes, las altas nubes, el recinto de los poetas enterrados entre las infinitas tumbas de España.



Pablo Neruda vivió en Madrid —hacia los años treinta, siendo un joven diplomático chileno—, en el quinto piso de la llamada Casa de las Flores, en pleno barrio de Argüelles. «Todo era grandes voces, sal de mercaderías, aglomeraciones de pan palpitante, mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua como un tintero pálido entre las merluzas» escribió como un nuevo canto a Madrid que se inscribe entre las mejores páginas de su historia.

Su camino incansable discurre entre «la flor perdida de las aldeas arrugadas, inmóviles de tiempo» y las campiñas «extendidas en luna y en edad y devoradas por un dios vacío».

Sucede que a Neruda como a otros poetas del Nuevo Mundo —el peruano César Vallejo, por ejemplo— el conocimiento de Iberia les descubre una parte original y misteriosa de su propia existencia: una comunidad de sangres y de culturas que, por encima y por debajo de cuestionamientos y apologías, indudablemente existe.

Allí acaso la razón de su amor y de su identificación con la obra de Quevedo, «aquellas venas que humor a tanto fuego dieron» y que motivan ciertos sentimientos fundamentales en la poesía de nuestros dos mundos.

Machado, García Lorca, Hernández son, incluso por lo trágico de sus propias existencias, poetas quevedianos. Así lo cree Neruda para quien su periplo ibérico se sintetiza en las frases: «Llegué a Quevedo, desembarqué en Quevedo, fui recorriendo las costas sustanciales de España.»

Cierta tarde, Federico, quien regresa de una de sus peregrinaciones teatrales, busca a Neruda en la Casa de las Flores para confiarle una historia triste:

Con el grupo de «La Barraca» había acampado en un pequeño pueblo castellano y, aconsejado por la noche y por su afición a explorar cementerios, había comenzado a rastrear el de la aldea.

Allí, olvidada entre calaveras y centenarias telarañas, una breve lápida rezaba: «Aquí yace don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, Patrono de la Villa de San Antonio Abad.»

Asustado o acaso enfurecido ante el rincón o el olvido sin contemplaciones —el destino feroz de la patria reserva a los poetas— Lorca había ordenado a sus actores embarcar prestamente el tinglado y continuar las rutas de Castilla.

Algún tiempo después, cuando suerte similar aguarde al poeta gitano, Pablo Neruda estará tentado de creer que una suerte de tragedia quevediana —así la llama— ronda a los mejores líricos de España: aquellos que «su cuerpo dejarán, no su cuidado. Serán ceniza, mas tendrán sentido. Polvo serán, mas polvo enamorado».

Y esa sombría certeza debe presidir los recuerdos y la oda que luego escriba a este «joven de la salud y de la mariposa, joven puro como un negro relámpago perpetuamente libre.»

ENTRE LOS COMPAÑEROS MAS QUERIDOS

Rafael Alberti es uno de sus compañeros más queridos: «el poeta más apasionado de la poesía que me ha tocado conocer». Manuel Altolaguirre es otro de ellos: será él quien, utilizando la imprenta del Monasterio de Monserrat, edite y distribuya más tarde, en pleno frente de batalla, «España en el corazón».

También ha de frecuentar a Vicente Aleixandre: «Todas las semanas me espera en un día determinado que para él, en su soledad, es una fiesta. No hablamos sino de poesía. Aleixandre no puede ir al cine. No sabe nada de política».

Largas serán sus conversaciones y mucho más larga la nostalgia cuando, concluida la guerra, el chileno hecho español por la poesía se convierta también en exilado.

El recuerdo de estos pasos y de estos amigos ha de quedar dibujado para siempre en el poema «Ay, mi ciudad perdida»: luego de nombrar las calles y rincones que nunca más ha de ver, recorre otra vez el camino que seguía.

«Mientras enderezaba mi vaga dirección hacia Cuatro Caminos, al número 3 de la calle Wellingtonia en donde me esperaba, bajo dos ojos con chispas azules, la sonrisa que nunca he vuelto a ver en el rostro —plenilunio rosado— de Vicente Aleixandre que dejé allí a vivir con sus ausentes.»

UN REBAÑO DE CABRAS

En el Madrid de entonces, se halla también Miguel Hernández. Recién llegado de los campos andaluces, no tiene una colocación que le permita vivir permanentemente en la capital.

Interesado por su amigo, Neruda mueve cielo y tierra y obtiene que el Vizconde de Mamblas, Jefe de Relaciones Culturales del Ministerio del Estado, le ofrezca un trabajo.

—Decídete —invita entonces Neruda a Hernández— . Y dime de inmediato qué quieres pedir para que te hagan ahora mismo el nombramiento.

Azorada aunque segura, viene la respuesta:

—¿No me podrían dar un rebaño de cabras cerca de Madrid?

Años después, culminando el martirio del autor de «Viento del Pueblo», Neruda recordará todo ese tiempo esa historia y nombrará a España «madre natal, puño de avena endurecido, planeta seco y sangriento de los héroes».—E. G. V.